

Un día de principios de verano pareció, milagrosamente, que Stern no se vería obligado a vender su casa ni a mudarse. Habían aparecido unas florecillas en uno de los árboles negros y carcomidos de lo que Stern llamaba su Jardín Canceroso, y le habían llegado voces sobre un niño del barrio que podía encajar con su hijo, un chaval solitario que se sentaba a diario en medio del césped del jardín a chupar una manta. Stern había descubierto un nuevo atajo atravesando la urbanización que le ahorraba diez minutos de ida y vuelta al tren, y los gigantescos perros grises que daban la voz de alarma por las noches desde el otro lado de una verja y que le sujetaban las muñecas entre las fauces habían acabado aburriéndose y preferían mantenerse a distancia y aullarle con frialdad. Un hombre con pinta de santo y bombín marrón se había presentado en la puerta para ofrecerle una nueva caldera cuyos eficientes conductos sustituirían al gigantesco calentador a gasóleo con forma de rana apostado en el sótano, que destruía a cada resoplido los dólares y las esperanzas de Stern. Llevado por un impulso, había colgado telas azul oscuro en las ventanas de su dormitorio frío sin moqueta, frustrando así al escua-

drón de *voyeurs* que se imaginaba fuera, encaramados silenciosamente a los árboles para ver cómo montaba a su esposa. Y había comenzado a jugar de nuevo a «Billy el Patituerto», un juego en el que fingía que su pierna era un diabólico criminal.

—Esta vez atraparé al viejo Billy el Patituerto —decía su hijo Donald lanzando por los aires su manta de chupar mientras atacaba la pesada pierna de Stern.

Y Stern, cuya pierna llevaba meses inmóvil, la alzaba y la meneaba respondiendo:

—¿A que no? Que nadie se haga ilusiones con derrotar al poderoso Billy el Patituerto.

Era como si hubiesen pasado una gran goma de borrar por la mente de Stern, y ahora estaba listo para empezar desde cero y disfrutar por fin de aquella extraña casa tan alejada de la seguridad de su ciudad.

Tras bajar del tren de vuelta a casa en una de esas nuevas noches, Stern, un hombre alto de hombros caídos y caderas flojas y anchas, cruzó alegremente por la finca mientras los perros le aullaban, llegó a casa y tras besar con ganas a su radiante y nariguda esposa en el cuello, le arrancó un hilo suelto que le asomaba de los pantaloncitos. Le preguntó qué tal el día y ella le contó que había caminado con Donald como un kilómetro y medio para ir a ver al niño nuevo del que había oído hablar. Cuando los chavales echaron a correr el uno al encuentro del otro, el padre del chico dejó de cortar el césped, la apartó de un empujón, agarró a su hijo y dijo: «Aquí no juegan judiacos».

—¿Cómo que te apartó de un empujón? —le preguntó Stern.

—Me empujó, se puede decir. No me acuerdo. Me dio un empujón y me caí en la canaleta.

—¿Te dio un empujón de verdad?

—No lo sé. No me acuerdo. Pero me vio.

—¿Cómo que te vio?

—Llevaba falda sin nada debajo.

—¿Y te vio?

—Creo que igual sí.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis allí?

—Un minuto. No lo sé. No quiero hablar más del asunto, ¿qué más da?

—No sabía yo que ibas por ahí sin ropa interior. En la universidad lo hacías, pero pensaba que ya no.

Stern supo quién era el hombre sin necesidad de hacer más preguntas y no le sorprendió el comentario. El primer sábado después de mudarse allí condujo por el barrio apenas poblado sonriendo por la ventanilla a la gente y recibiendo a cambio algunos saludos con la cabeza. Entonces se topó con un hombre en medio de la carretera. El hombre se había tomado su tiempo para dejarle paso, y al sonreírle Stern el otro había meneado la cabeza con incredulidad, había puesto los brazos en jarra y, con la camisa zamarreada enérgicamente por el viento, le había clavado una mirada acuosa.

Stern había mantenido la sonrisa fija mientras pasaba por su lado, haciéndola cada vez más y más pequeña, y sentado muy erguido, como si esperase que algo lo golpeará en la nuca. En otra ocasión, había pasado con el coche para echar un vistazo al hombre y lo había visto plantado en su jardín en camisa, los brazos robustos y torneados dentro de las mangas ondeantes, la cabeza ladeada otra vez. Y luego ya había

dejado de pasar por delante de aquella casa y, según lo sucedido después, se lo había quitado de la cabeza. Aunque había esperado, con todo, el día en que su mujer le dijese lo que le acababa de decir.

Quedaba media hora de luz. El hijo de Stern se encaramó a lo alto de una estantería del salón y dijo:

—Salvadme de las llamas.

Y Stern trepó tras él lanzándole cubos imaginarios de agua y acto seguido lo bajó para practicarle la respiración artificial. Vieron juntos *Popeye* en la televisión mientras la mujer les traía hamburguesas. Una vez hubieron comido, Stern dijo que iba a ver al hombre, y su esposa le dijo, a saber por qué:

—Vuelve enseguida.

No cogió el coche, con la intención de que el paseo le calmase la respiración agitada. De camino a la calle se puso a clavarse los dedos en la enorme panza cada vez más y más fuerte hasta dejarse marcas en la piel blanca, para comprobar si era capaz de recibir puñetazos sin quedarse sin aliento. Se pegó con todas sus fuerzas pero decidió que por más fuerte que se pegase a sí mismo no era lo mismo que si lo hacía otro. Mientras se golpeaba se le formó una pequeña pagoda fofa en el centro; trató de empujarla a un lado, como si pudiese hacer que se escurriese piernas abajo, donde no molestase, pero la cosa no se movió. La casa del hombre era pequeña e inmaculadamente ajardinada, si bien a Stern se le antojó que el tipo de arbusto era demasiado comercial. En su momento debía de haberse considerado bonito. Fuera había un camión de bomberos de juguete. Pasó por delante de

la casa, cerca del bordillo, y luego enfiló unos pasos más y se paró a unos cuarenta y cinco metros en un claro y se agachó para hacer unas cuantas flexiones. Llegó a nueve, hizo otras dos de aquella manera y cuando se puso en pie la masa fofa seguía allí. Se fijó en que se había manchado la mano con estiércol o tierra muy fertilizada. Se la restregó en los pantalones de verano color verde oliva desvaído y continuó restregándosela mientras desandaba el camino de vuelta a casa del hombre, pasó de largo y enfiló la carretera rumbo a la suya.

Su esposa estaba fregando una baldosa mal puesta en el suelo del salón, haciendo como si aquellos profundos huecos entre pieza y pieza no existiesen. Era una mujer nariguda de veintinueve años, nalgas gloriosas y unos ojazos que parecían siempre al borde de las lágrimas.

—¿Tú te acuerdas de si de verdad te ha empujado?
—le preguntó—. ¿Hubo contacto físico o no?

—No me acuerdo. A lo mejor no.

—Porque una cosa es que haya habido contacto físico. Si se ha limitado a decirte algo, a ver, un hombre algo puede decir. A mí lo que me hubiera gustado es que llevases algo debajo de la falda. No sabía que ibas por ahí así. No lo hagas más.

—¿Lo has visto? —le preguntó la mujer.

—No —contestó Stern.

—Lo mismo da —respondió ella sin dejar de fregar la baldosa.